

# Musealizando la protohistoria peninsular

Glòria Munilla (ed.)

# Índice

## Presentación

Ana Herrera Isasi ..... 9

## Prólogo

Fernando Sierra Estoduto ..... 11

## Un modelo de difusión para la Edad del Hierro: la presentación pública de yacimientos

### A diffusion model for the Iron Age: opening archaeological sites to visitors

Alberto J. Lorrio Alvarado, Gonzalo Ruiz Zapatero ..... 13

## Arquitectura monumental en la periferia de Tarteso: los yacimientos de Cancho Roano y el Turuñuelo

### Monumental architecture at the periphery of Tarteso: the sites of Cancho Roano and Turuñuelo

Sebastián Celestino Pérez, Esther Rodríguez González ..... 45

## La protección y difusión de los «oppida» del nordeste peninsular: Puig de Sant Andreu e Illa d'en Reixac (Ullastret)

### The protection and dissemination of the “oppida” of north-eastern Iberia: Puig de Sant Andreu and Illa d'en Reixac (Ullastret)

Gabriel de Prado ..... 61

## Musealizando la protohistoria de Alcanar. Un proyecto de conservación y difusión del patrimonio arqueológico

### Alcanar history musealization. A project to conserve and disseminate the archaeological heritage

Francisco Gracia Alonso, David Garcia i Rubert ..... 71

## Protegiendo el mundo de los muertos. Las necrópolis de incineración del valle medio del Ebro

### Protecting funerary world. Cremation cemeteries from Middle Ebro valley

José Antonio Faro ..... 91

## La destrucción del patrimonio celtibérico. El caso del valle del río Huecha y de la Sierra del Moncayo

### The destruction of the Celtiberian heritage. The case of the Huecha River valley and the Sierra del Moncayo

Alberto J. Lorrio Alvarado, Raimon Graells i Fabregat, Michael Müller-Karpe, Francisco Romeo Marugán, J. Ignacio Royo Guillén ..... 101

## Alto de la Cruz, las claves de la protohistoria europea: el discurso museográfico de la exposición permanente y el modelo de reconstrucción virtual

### Alto de la Cruz, the keys to European protohistory: the museographic discourse of the permanent exhibition and the virtual reconstruction model

Glòria Munilla, Pablo Serrano Basterra, Eva Goenaga, Jordi Queralt, Francesc Boixader ..... 127

<p><b>Valoración patrimonial de un poblado de la Edad del Hierro en Navarra: Museo y Yacimiento arqueológico de «Las Eretas»</b>  <b>Heritage assessment of an Iron Age village in Navarre: Museum and Archaeological Site of Las Eretas</b>            Javier Armendáriz Martija .....</p>	143
<p><b>La musealización de un territorio: el «Viaje al Tiempo de los Iberos» y el Museo Ibero de Jaén</b>  <b>Making museology on a territory: the “Journey to time of the Iberos” and the Ibero Museum of Jaén</b>            Arturo Ruiz, Manuel Molinos .....</p>	161
<p><b>Accesibilidad y museos. El caso del Museo de Navarra</b>  <b>Accessibility and museums. The Navarra Museum case study</b>            Mercedes Jover Hernando .....</p>	181
<p><b>«Archaeology to go!». Una aplicación móvil para la promoción de un yacimiento arqueológico y para el fomento de las vocaciones científicas: una experiencia en Los Bañales de Uncastillo, Zaragoza</b>  <b>“Archaeology to go!”. An app for mobile devices as a tool to promote an archaeological site and as a way to improve scientific vocations: an experience at Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza)</b>            Javier Andreu Pintado.....</p>	193
<p><b>De las piedras a las personas</b>  <b>From stones to people</b>            F. Xavier Hernández Cardona, Rafel Sospedra Roca, Isabel Boj Cullell.....</p>	207
<p><b>Dibujando el pasado. La ilustración arqueológica: un modelo de prestigio en la difusión museográfica</b>  <b>Reconstructing ancient times. The Archaeological Illustration as a basic tool in Museography</b>            Iñaki Diéguez Uribeondo .....</p>	217
<p><b>Dibujando el pasado. Los límites de la documentación</b>  <b>Drawing the past. The limits of documentation</b>            Gustavo García Jiménez.....</p>	229

## Presentación

El pasado mes de noviembre de 2018 se llevaron a cabo en la población navarra de Cortes las Jornadas «Musealizando la protohistoria peninsular». La convocatoria tenía por objeto el análisis de modelos de trabajo innovadores en la presentación y socialización del conocimiento acumulado por la investigación arqueológica en el marco de la protohistoria peninsular. Los pasados 15 y 16 de noviembre tuvimos ocasión de disfrutar del contacto directo con un buen número de especialistas en el campo de la arqueología y su difusión interpretativa. Fue intenso y enriquecedor. Ahora tenemos el gusto de presentar esta publicación, que consolida en un volumen aquella grata experiencia, recogiendo el contenido de esas aportaciones para que su difusión y conocimiento sea más accesible.

Lógicamente, su convocatoria en Cortes no fue casual. El Alto de la Cruz de Cortes fue, desde su excavación a mediados del siglo xx, un referente en la investigación de la Protohistoria europea. Ofrece una secuencia de ocupación a lo largo de más 800 años, en la que se pudo estudiar la evolución urbanística de un poblado bien conservado. Su musealización ha sido y es difícil, pues la fragilidad de las estructuras (en adobe y barro sin cocer) hace que deba primarse la conservación de un bien con tan singular valor científico. De ahí la relevancia de la Exposición permanente inaugurada en las salas del Castillo de Cortes en 2017. Desde la perspectiva de Navarra, ese es el marco contextual sobre el que pivotan las jornadas cuyas ponencias se presentan en esta publicación. La exposición permanente del Alto de la Cruz es capaz de transmitir a los visitantes, no sólo las metodologías aplicadas en la investigación arqueológica, sino también la vida cotidiana de la comunidad protohistórica, el comercio y la producción económica o los rituales y las formas de enterramiento. Y todos estos elementos son esenciales para la difusión del conocimiento y la atención a públicos variados, en lo que no es más de un punto de partida en la creación de valor en torno al patrimonio cultural.

Navarra fue uno de los primeros territorios peninsulares en exponer para la visita pública un yacimiento arqueológico, tras la excavación total de la villa romana de Liédena en los años 40 del siglo pasado. En un ámbito cultural tan empobrecido como el de la posguerra, este hecho constituyó un precedente novedoso. No se trataba solo de obtener una información histórica de la excavación; era necesario también mostrar los hallazgos a la comunidad.

Mucho más recientemente, a mediados de los 90, el Gobierno de Navarra seleccionó tres yacimientos arqueológicos para mostrar el pasado de Navarra: la ciudad romana de Andelos, la villa romana de Arellano y el recinto amurallado medieval de Rada. En los tres casos, se procedió, tras la excavación, a diferentes modelos de musealización y de visita pública. Lo mismo sucedió unos años después con el yacimiento de las Eretas, cuya musealización y puesta a disposición pública se ha ido completando de forma progresiva, reconstruyendo el contexto socioeconómico y cultural de la Edad de Hierro. Lo mismo ha sucedido con el Centro expositivo de la necrópolis de El Castillo en Castejón, centrado en el mundo funerario de esa época.

A la par han ido surgiendo otras iniciativas, con muy distinto alcance, en las que a la intervención del Gobierno de Navarra se ha unido la iniciativa de los Ayuntamientos, tanto de forma unilateral como mixta. En los últimos años, en parte gracias a las Ayudas a Entidades Locales para intervenciones arqueológicas, son numerosos los proyectos en marcha que asocian a la investigación científica, la conservación y la difusión. La celebración en Navarra de las Jornadas Europeas de Patrimonio, con un nuevo formato de gran incidencia territorial y popular iniciado en 2016, muestran de forma elocuente la variedad de propuestas y su importante incidencia pública.

Musealizar yacimientos arqueológicos es una tarea compleja, pues deben conjugarse factores muy diferentes. Primeramente se debe partir de una excavación arqueológica, que suele ser prolongada en el tiempo. A partir de ahí se debe

elaborar un proyecto que conjugue arquitectura (consolidación de las ruinas, dotación de infraestructuras, etc.), didáctica del Patrimonio (aspectos museográficos, herramientas virtuales) y gestión de un bien cultural (conservación, difusión, visita pública y atención a públicos diversos). En su desarrollo, las tecnologías de la información y la virtualización juegan un papel cada vez más intenso. De todo eso es precisamente de lo que las ponencias que ahora se publican van a mostrar ejemplos y propuestas. Agradecemos a las

entidades organizadoras su esfuerzo y tesón a la hora de configurar una red de conocimiento decisiva para la consolidación de ejemplos de buenas prácticas e innovación técnica y metodológica. Las ponencias que ahora siguen son buen ejemplo de ello. Espero que disfruten con su lectura.

**Ana Herrera Isasi**

Consejera de Cultura, Deporte y Juventud  
Gobierno de Navarra

## Prólogo

El yacimiento del Alto de la Cruz forma parte de los referentes culturales de Cortes desde su descubrimiento en 1946. El trabajo de muchos vecinos durante décadas constituyó un elemento decisivo para el desarrollo de las excavaciones en las diferentes etapas que se sucedieron entre 1947 y 1993 realizadas por las universidades de Salamanca y Barcelona con el apoyo de la Diputación Foral y, posteriormente, por el Gobierno de Navarra. Por ello, todos conocemos historias y hemos escuchado relatos sobre el yacimiento, que se incluyen en nuestra memoria colectiva. El yacimiento es una parte muy importante de la historia de Cortes, y por ello no era sólo necesario recuperarlo, sino también potenciarlo como un elemento de investigación, formación y difusión cultural a todos los niveles.

Por ello, hace ya años, los vecinos de Cortes consideramos necesario implicarnos en la rehabilitación del Castillo y en la organización de una exposición permanente que sirviese para explicar las características del poblado y las formas de vida durante el Bronce Final y la primera Edad del Hierro. Dicho planteamiento se tradujo en el proyecto de acondicionamiento de varias salas de la primera planta, el desarrollo del discurso expositivo y el montaje de la primera fase de la exposición, inaugurada el primero de octubre de 2017. A partir de ese momento, el trabajo de la Agrupación de Voluntarios del Castillo de Cortes, Guías Voluntarios de la Exposición Permanente Alto de la Cruz con el apoyo del Ayuntamiento, ha dinamizado el equipamiento posibilitando la realización de visitas guiadas para centros escolares y público en general, así como la realización de talleres didácticos. La iniciativa ha tenido un rápido reconocimiento en los medios de comunicación de la Comunidad Foral, obteniendo el reconocimiento por parte de la VII Gala Radio Tudela con el Premio al Patrimonio Yacimiento Alto de la Cruz de

Cortes (14 de junio de 2018). Además, la iniciativa del Proyecto Educativo del Alto de la Cruz, desarrollado en su primera oferta el curso 2018-2019 con el Instituto Bardenas Reales de Cortes ha cumplido sus objetivos y los resultados fueron presentados en el Museo de Navarra el pasado febrero de 2019 con mucho éxito.

No se trata de una iniciativa que pueda considerarse finalizada o amortizada. En el otoño de 2019 se inician los trabajos de la segunda fase de la exposición permanente que permitirá disponer de nuevos recursos gráficos, materiales y audiovisuales que potenciarán el relato de los orígenes de Cortes basado en el yacimiento del Alto de la Cruz, con recursos didácticos que permitirán potenciar aún más su importancia como referente explicativo de la protohistoria en el valle del Ebro. El Ayuntamiento creyó en la necesidad de difundir la tarea que se está realizando y organizó junto con la inestimable ayuda de Gloria Munnilla la celebración del congreso «Musealizando la Protohistoria peninsular» en noviembre de 2018; con este congreso nos queda más claro algo que ya nos venían diciendo y por tanto ya sabíamos: el yacimiento del Alto de la Cruz es un referente en la investigación de la protohistoria, no sólo en el área del valle del Ebro, sino en Europa. Nuestro pueblo acogió durante dos días a más de cincuenta arqueólogos, museólogos y profesores universitarios que pudieron comprobar de primera mano el trabajo realizado, así como convivir con nuestros vecinos y comprobar la hospitalidad de la gente de Cortes. Dos intensas jornadas de trabajo de las que son fruto permanente las presentes actas.

**Fernando Sierra Estoduto**

Alcalde-Presidente del Ayuntamiento de Cortes

Cortes a 1 de agosto del 2019

# Un modelo de difusión para la Edad del Hierro: la presentación pública de yacimientos

## A diffusion model for the Iron Age: opening archaeological sites to visitors

**Alberto J. Lorrio Alvarado**

Universidad de Alicante (alberto.lorrio@ua.es)

**Gonzalo Ruiz Zapatero**

Universidad Complutense (gonzalor@ghis.ucm.es)

**Abstract.** Iron Age offers archaeological sites of different nature – settlements (towns, *oppida*, villages and farms), cemeteries and sanctuaries and other religious buildings – that allow consolidations, reconstructions of structures, together with information in panels, in order to make them understandable and visitable.

The paper re(thinks) the nature of the archaeological record, the strategies of public presentation of Iron Age sites, includes some of the most interesting and innovative experiences. It also aims to synthesize a state of the art in the Iberian Peninsula, in a European perspective, besides assessing the «archaeological routes» that have been emerging in last decades.

On the other hand, the main problems of the presentation of sites are analyzed and the importance of knowing better the publics of archeology will be highlighted in order to build more powerful and effective messages by specialists.

**Keywords.** Archaeological sites, Iron Age, reconstructions, public presentation.

**Resumen.** La Edad del Hierro ofrece yacimientos arqueológicos de distinta naturaleza —asentamientos (poblados, *oppida*, aldeas y granjas), cementerios y santuarios y otros conjuntos *religiosos*— que permiten consolidaciones, reconstrucciones de estructuras, junto a información en paneles, con el objetivo de hacerlos comprensibles y visitables.

El trabajo reflexiona sobre la propia naturaleza del registro arqueológico, las estrategias de presentación pública de los sitios del Hierro, recoge algunas de las experiencias más interesantes e innovadoras y pretende sintetizar un estado de la cuestión en la Península Ibérica, con miradas al contexto europeo,

además de valorar las «rutas arqueológicas» que han ido surgiendo en las últimas décadas.

Por otra parte, se analizan los principales problemas de la presentación de yacimientos y se destaca la importancia de conocer mejor a los públicos de la arqueología para así poder construir mensajes más potentes y eficaces por parte de los especialistas.

**Palabras clave.** Musealizar, yacimientos, Edad del Hierro, reconstrucciones arquitectónicas, presentación de sitios.

### INTRODUCCIÓN

En las dos últimas décadas la divulgación y presentación pública de sitios arqueológicos ha experimentado un notable incremento de estudios, casos prácticos y fórmulas diversas para interpretar los yacimientos y hacerlos comprensibles a diferentes audiencias en buena parte del mundo (Carman, 2015; Jameson, 1997, 2004 y 2008; Killebrew y Lehman, 1999; McManamon, 2018a; Zimmerman, 2003), en Europa con especial intensidad (Copeland, 2004; Daugbjerg *et al.*, 2014; Timoney, 2008; un reciente y buen estado de la cuestión en Grima, 2017) y en nuestro país con un creciente interés (Fernández y del Val, 2000; Mansilla, 2004; Masrera, 2007; Ruiz Zapatero, 1998). En EE.UU. la tradición arranca de los años 1970 con la denominada Cultural Resource Management (CRM) —un buen análisis forense de la bibliografía generada en McManamon (2018b)—, mientras que en Europa la tradición es más larga y arranca de los museos de sitio y yacimientos del Norte del continente (Paardekooper, 2014). Rom-

per las barreras entre el patrimonio y el público (MacManamon, 1991; Ruiz Zapatero 2012) es la consigna que se va extendiendo por todo el mundo (Farid, 2014) y no parece que sea tanto una complacencia ética sino más bien un imperativo epistemológico (Kaeser, 2016).

Esos avances pueden resumirse en tres ámbitos: la presentación de yacimientos con rutas señalizadas con señalética apropiada y percepción clara de la naturaleza del sitio en su contexto paisajístico (Egloff, 2019; Teutonico y Palumbo, 2000); la realización de reconstrucciones volumétricas (Stone y Planel, 1999), con resultados positivos pero en algunas ocasiones cuestionables (Masriera, 2009; Santacana, 2012), especialmente de murallas, casas y otras estructuras domésticas —visitas incluso en sus interiores— que van desde casos de reconstrucción casi total como la ciudadela ibérica de Calafell (Pou *et al.*, 1995; Ruiz Zapatero, 1997) (*vid.* Texto-Caja 1), o selectiva de ciertos elementos como la famosa ciudad de Numancia (Jimeno *et al.* 2000) (*vid.* Texto-Caja 2); y por último las propuestas audiovisuales informatizadas (tabletas, móviles y otros dispositivos) que ofrecen representaciones virtuales de «lo que no se ve» en cada yacimiento (Fritz *et al.*, 2005; McManamon y Kintigh, 2010) o incluso de paisajes prehistóricos «invisibles» (Unger y Kvetina, 2017).

La Edad del Hierro (Masriera, 2009; Mytum, 2018; Santacana, 2012) ofrece especiales posibilidades de aplicar las tres fórmulas señaladas por más que ciertamente no ofrezcan nada específico referido a esta etapa del final de la Prehistoria en comparación con otras (Álvarez-Sanchís y Rodríguez, 2016; Sommer, 2008). Aquí pretendemos reflexionar sobre varias cuestiones. Primero, la consideración de su propia naturaleza de los yacimientos arqueológicos desde el ángulo de cuales son sus elementos esenciales y las implicaciones para una presentación visitable de los mismos. Segundo, la problemática general de las presentaciones de los yacimientos arqueológicos al público y los rasgos singulares de los sitios de la Edad del Hierro. Tercero, los tipos específicos de yacimientos del Hierro y sus problemas de presentación a través de una selección de casos de estudio significativos que pretende recoger la rica variabilidad ofrecida por la Protohistoria peninsular. Y por último, un breve análisis de las rutas de sitios de la Edad del Hierro y el contexto del arqueoturis-

mo en el momento actual teniendo en cuenta la experiencia internacional (Dunning y Willems, 2003; Hoffman *et al.*, 2002; Ross *et al.*, 2017) y la española (Ferrer y Vives-Ferrándiz, 2014; Moreno y Sariego, 2017; Ortega y Collado, 2018; Tresserras, 2004). La piedra angular que preside nuestro trabajo es que las distintas fórmulas y propuestas constituyen medios para divulgar y hacer accesibles los sitios y no fines en sí mismos. Lo que significa que no deberíamos perder de vista que el contacto directo con las *ruinas*, su contextualización en el paisaje y su comprensión histórica (Stanley-Price, 2009) son los verdaderos objetivos y, sin duda alguna, algo más valioso que el *envoltorio atractivo* de las nuevas tecnologías de comunicación.

La presentación de sitios arqueológicos la hacen los arqueólogos de cada momento histórico, y cada generación de especialistas deja sus narrativas/visiones en los yacimientos. Aunque la actividad no lleve mucho tiempo funcionando es importante actuar como arqueólogos responsables, esto es, documentar y guardar las presentaciones antiguas para que puedan ser estudiadas en el futuro como parte integral de la vida de un yacimiento. Lamentablemente en muchos casos eso ya no será posible o lo será con muchas limitaciones. Por otro lado, el permanente dinamismo que debe acompañar a la presentación de sitios arqueológicos se enfrenta a la cruda realidad de presentaciones estáticas y que ofrecen discursos fijos (Santacana y Belarte, 2008).

### LA NATURALEZA DE LOS YACIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS: ¿PUEDEN CONTAR BIEN EL PASADO CON LO QUE DEJAMOS LOS ARQUEÓLOGOS?

Una mínima reflexión sobre la naturaleza del registro arqueológico se nos antoja necesaria para poder contestar a la pregunta de hasta qué punto los yacimientos, una vez excavados, dejados en su *esqueleto* —solamente con las estructuras positivas conservadas— y *abandonados* por los arqueólogos, pueden contar la historia que encierran a los visitantes.

Es cierto que el registro arqueológico consiste en los materiales muebles e inmuebles producto de la mano humana. Y en términos generales nadie lo discutiría (Patrick, 1985), pero el registro ar-



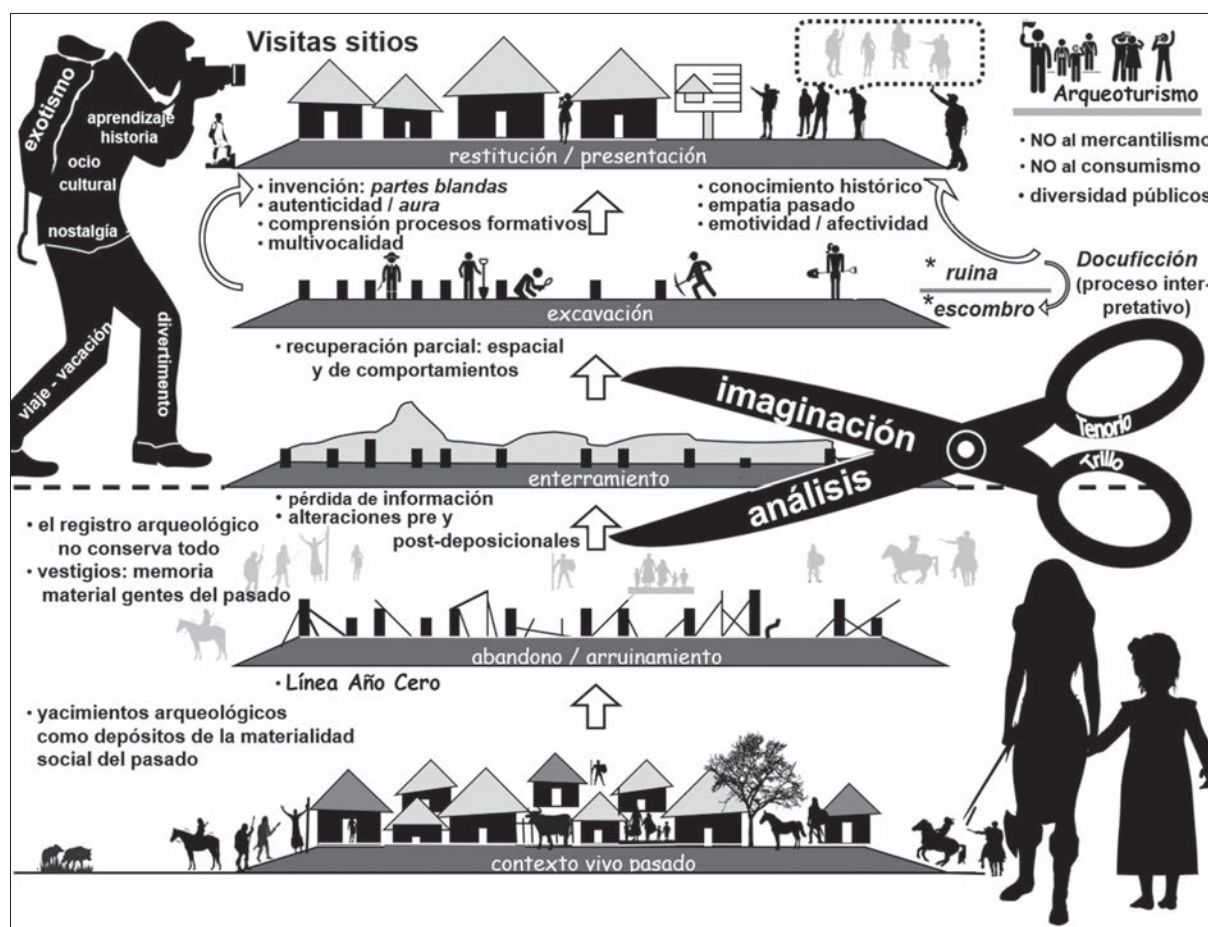
queológico está formado no solo por los restos materiales sino también por el contexto intangible y abstracto en el que están embebidos (Shott, 2013). El registro arqueológico son los restos materiales y la información contextual sobre ellos. Y además no es una cosa enteramente del pasado porque está originado por infinitos «entonces» aunque lo recuperemos en dificultosos y finitos «ahora», en palabras de Shott. Desde el optimismo binfordiano de los primeros años que afirmaba que todo comportamiento quedaba en el registro arqueológico, la arqueología ha ido explorando cómo fueron los procesos formativos del registro como vía ineludible para interpretarlo. Y no resulta fácil porque como dijo David Clarke (1973: 17) el registro arqueológico no deja de estar constituido por «trazas indirectas en malas muestras» de lo que dejó tras de sí la gente del pasado. La lectura postprocesual de ver el registro arqueológico como un texto que había que descifrar tuvo su momento de gloria, pero ciertamente no ayudó gran cosa en su proceso interpretativo.

La realidad es que el registro arqueológico no preserva todos los comportamientos y detalles de las comunidades del pasado, pero esa limitación no significa que esté tan sesgado como para no permitir la construcción de inferencias sobre su significado (Gavin, 2012). Los registros arqueológicos los construimos en los procesos de excavación y tenemos que trabajar con ellos. Pero el registro arqueológico, la pura materialidad del pasado, aún siendo la materia prima de la investigación arqueológica, no constituye su objetivo prioritario, ya que este es «la memoria de las cosas materiales» (Olivier, 2008: 57). Y aunque los objetos —y estructuras— son los vestigios, las trazas, las sombras de las gentes del pasado, ciertamente devienen en el único testimonio que nos ha llegado, o mejor y más exactamente en palabras de Olivier (2008: 26) son la memoria material de otras gentes. Los objetos y los restos materiales en general son testimonio de vida que recogen la impronta de los tiempos (Olivier, 2004: 238); restos únicos y preciosos que, de alguna manera, encierran historias de vida personal y colectiva.

Por otra parte, como hemos expuesto en otro sitio uno de nosotros (Ruiz Zapatero, 2014), las representaciones que hacemos de los sitios arqueológicos intentan cerrar el bucle iniciado en la excavación y van más allá: buscan el contexto vivo del pasado —el sitio habitado en el pasa-

do—, en una apocatástasis (la apocatástasis es la restitución al punto de partida primitivo que, según Orígenes, tiene lugar al final de los tiempos). Así, la intervención arqueológica cabe ser conceptualizada como un intento de situar el yacimiento en su posición primitiva, original. Walter Benjamín (1982: 573) afirmó que «todo pasado debe ser introducido en el presente en una “apocatástasis histórica”». Pero esa visión de la arqueología como apocatástasis, como regresión, tiene que reconocer que es un intento imposible, en la medida en que se intenta acceder a un punto que no ha sido vivido (Agamben, 2010: 138). No puede ser, así, una regresión «[...] hacia un origen que permanece indestructible, sino —por el contrario— hacia el punto en el cual, según la temporalidad del futuro anterior, la historia se hace por primera vez accesible» (Agamben, 2010: 144). La apocatástasis arqueológica sólo puede ser aproximada, no hay un «momento original» en el que representar un sitio excavado, porque el contexto vivo del pasado tiene historicidad, nunca fue algo estático, sino fluido, tuvo un proceso histórico cuya segmentación, hoy por hoy, queda fuera de las posibilidades de resolución cronológica de nuestros métodos para establecer la temporalidad del pasado. Por eso, cualquier (re) presentación del pasado de un sitio es una apocatástasis genérica, probatoria, en el fondo, un intento, en cierto modo grosero, de apresar esa imposible restitución al origen. Pero la representación física de los sitios excavados, por más que aparente, imprecisa y necesariamente imaginada, tiene la ventaja de ofrecer una interpretación concreta, visual y accesible al que no es especialista en la materia (fig. 1). En cierto modo, es un trampantojo intelectual, porque es una representación que, rigurosamente hablando, no puede ser cierta (en el sentido absoluto de «esto fue así»), pero tiene la poderosa fuerza visual de hacer creer plausiblemente que «así pudo ser».

Mirar a otras disciplinas casi siempre aporta luz, ideas o consideraciones que resultan útiles a la arqueología. Un deslumbrante ensayo reciente del físico-filósofo Fernández Mallo, *Teoría general de la basura* (2018) abunda en las reflexiones anteriores, inspiradas en los textos del arqueólogo francés Laurent Olivier. Fernández Mallo (2018: 13 ss.) considera que el símil de la paleontología es válido para considerar toda aproximación al pasado, y por ende para la arqueología.



16 **Figura 1.** Diagrama de flujo: del contexto vivo del pasado a la presentación de yacimientos arqueológicos. El pasado es cortado y elaborado como narrativa histórica como si fueran unas tijeras con un filo en el análisis arqueológico y el otro la *imaginación arqueológica*, metáfora tomada de Tenorio Trillo (2012: 148). El resto de conceptos visualizados se corresponden con nuestros planteamientos y las referencias recogidas en el texto, especialmente las ideas de Grima (2017), Olivier (2008) y Fernández Mallo (2018).

logía. Así señala que frente a los *fósiles sólidos* (huesos y dientes) no se recupera nada de las *partes blandas* de los cuerpos (descompuestas). En el caso arqueológico tenemos esquemas ciertos, restos materiales (residuos sólidos) que nos brindan una experiencia directa con el pasado, la Línea Año Cero —en feliz expresión del autor— de ese sitio. Pero en el proceso interpretativo añadimos *material inventado* (las partes blandas), en palabras de Fernández Mallo una suerte de «ficción consensuada». A la realidad exhumada en el presente no se le pueden sustraer partes, pero sí puede ser *aumentada*, esto es, podemos añadir nunca restar. Pues bien, la barrera en lo cognoscible solo se puede atravesar a costa de inventar las *partes blandas*, lo que no está en los objetos y estructuras. Esa *invencción*, es un viaje entre la materialidad de las cosas y *sus partes blandas*, un continuo ir y venir en «modo red» porque realmente las cosas son «objetos red», hay un más

allá de su fisicidad; y por eso hay intercambios materiales y simbólicos (Fernández Mallo, 2018: 20). En términos *fernándezmallanos* nos parece pertinente la pregunta ¿Somos los arqueólogos «traficantes de residuos», atravesando constantemente la Línea Cero de las cosas para llevar y traer objetos, estructuras y recursos? La propuesta parte de una lúcida contemplación de ver los escombros y las ruinas del pasado con un «afán decididamente vitalista», buscando la capacidad creativa de los residuos (Fernández Mallo, 2018: 30).

Las *ruinas* para Fernández Mallo (2018: 364) son «simulacros convenientemente embellecidos», intentos de simulación en cualquier tiempo y espacio, lo que abre la puerta a considerar la historicidad de las distintas propuestas y presentaciones de *ruinas*, es decir cómo cada época construye su versión de ese simulacro. Y los *escombros* vienen a ser la escala 1:1 de las *ruinas*, los

que permiten la problematización del presente. Por tanto, *ruinas* y *escombros* son realidades diametralmente opuestas y toda *ruina* se aposenta en su correspondiente *escombro*. La búsqueda del escombro de una ruina se hace mediante la *docuficción*, esto es, el conjunto de caminos, vías, reflexiones e inferencias que nos permiten transitar al significado del *escombro* oculto bajo la propia *ruina*. La *docuficción*, nada que ver con la acepción habitual de hacer documentales, lo saca a la luz y visibiliza el proceso racional interpretativo. Y no parece un mal término para denominar la tarea interpretativa y reconstructiva de la arqueología.

Al final Fernández Mallo (2018: 370-71) propone que existe un «simulacro de arqueología», la que cultiva la ruina, la museística muerta y el tiempo como nostalgia, frente a la que se opone una «arqueología del simulacro», que invierte el orden temporal porque es una arqueología que trae el pasado al presente para construir un tiempo activo. Pensamos que es una manera nítida y clara de contraponer las presentaciones de sitios arqueológicos de una forma clásica o tradicional y aquellas que buscan interpelear al visitante desde el presente, mostrando los procesos interpretativos. En definitiva, la presentación del pasado no puede olvidar que en los yacimientos arqueológicos el pasado es llevado al presente para afrontar aspiraciones culturales y sociales contemporáneas de cara al futuro (Macdonald, 2013).

### LA PRESENTACIÓN DE YACIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS AL PÚBLICO

Aunque en las últimas décadas ha crecido mucho el interés por la «presentación del pasado» a nivel educativo informal (Corbishley, 2011; Díaz Andreu *et al.*, 2016; Doughty y Orbasli, 2007; Jameson, 2008; Silberman *et al.*, 2017; Stone, 2015; Zimmerman, 2003), la realidad es que la presentación del pasado material es generalmente la presentación de «un pasado» con aspectos seleccionados y elaborados por expertos para consumo público (Funari, 2000; McManamon, 2000).

En España no tenemos muchos yacimientos bien presentados al público, aunque cuando la oferta es buena consiguen atraer a decenas de miles de visitantes al año: Atapuerca, Numan-

cia, Mérida y Tarraco, las cuevas con arte paleolítico de la región cantábrica y muchos otros sitios arqueológicos (<http://www.arqueoturismo.net/>) constituyen verdaderos polos de atracción turística cultural (Moreno y Sariego, 2017). Ver y *tocar* los restos arqueológicos *in situ* siempre constituye un estímulo atractivo para todos los públicos (Ruiz Zapatero, 1998), y se presenta como una suerte de *pasaporte al pasado* (Vizcaino, 2018: 221 ss.). Las visitas guiadas cada vez tienen más demanda, así como cualquier actividad participativa. Un caso especial, el de las visitas a excavaciones en desarrollo, desde la bienvenida rotunda de hace años (Binks *et al.*, 1988) no ha habido mucho interés en publicar experiencias y estrategias para mejorar la experiencia de las audiencias (Moshenska, 2009) y en nuestro caso conocemos algún estudio interesante en esta dirección (Alcalde y Burch, 2015, Fabián, 2008).

Por otra parte, hay un peligro continuo en el arqueoturismo que exige mantener una constante alerta y vigilancia: necesitamos combatir la pura mercantilización de los sitios arqueológicos (Rowan y Baram, 2004) y el mero consumismo patrimonial (Ruiz Zapatero, 2009). La asignación de arqueólogos al mantenimiento y conservación de sitios y conjuntos arqueológicos es una salida profesional (Tresserras, 2003) y al mismo tiempo una necesidad para generar atracción de turismo cultural. Las CC. AA. deberían contemplar esto no como un coste molesto y prescindible sino como una inversión de futuro en el patrimonio arqueológico y las economías locales, aunque lo último deba ser contemplado con realismo y cautela (Ortega y Collado, 2018). Y en cualquier caso la dimensión e impacto económico del patrimonio arqueológico exige una atención importante (Bowitz e Ibenholt, 2009).

La variedad de casos (según la naturaleza de los yacimientos), de circunstancias (contextos específicos) y también de públicos (diferentes tipos de visitantes) hacen que lo más sabio sea partir de la base de que cada sitio es único, con retos y oportunidades concretas y que, por tanto, no se pueden aplicar recetas o modelos de otros sitios sin un cuidadoso estudio de su situación y características para valorar cómo se puede actuar eficaz e inteligentemente (VV.AA., 2008). Y, como bien ha señalado Grima, para conseguir y mantener una implicación creativa entre cualquier sitio y sus diversos públicos, cualquier estrategia interpreta-

tiva debe permanecer tan viva y dinámica como los propios visitantes (Grima, 2017: 92).

El público que visita yacimientos arqueológicos no es «el público», son en realidad diversas audiencias, con diferentes expectativas, intereses, actitudes e ideas preconcebidas, por lo que constituye de hecho un público segmentado. Nos hemos preocupado poco de conocer a nuestros públicos —«comprender cómo comprenden el pasado» en palabras de McManamon (1999)— y, sin embargo, a ellos se dirigen nuestros *mensajes*, que mal podremos construir si no identificamos bien a los destinatarios (Corbishley, 2004). Por tanto, no podremos actuar de buenos *mensajeros* sin conocer bien a quienes van dirigidos los *mensajes* de los sitios arqueológicos (McManamon, 2000). Además de la diversidad de audiencias tenemos otro problema: ¿Cómo consideramos a nuestros públicos? ¿Son extraños, invitados, consumidores o clientes? La consideración última hacia los heterogéneos visitantes sin duda alguna condiciona la construcción de cualquier discurso. Vivimos en un mundo de diversas audiencias: por lengua, creencias, etnicidad y formación cultural; y nuestro trabajo, como investigadores y transmisores de conocimiento a la sociedad, tiene que ser relevante a esa diversidad de *consumidores* de pasado (Mytum, 2018). Para ventaja nuestra, la arqueología cuenta con una buena aceptación en las sociedades contemporáneas e interés por visitar yacimientos, así lo revelan las grandes encuestas realizadas. El Informe Harris (Ramos y Duganne, 2000) recoge para EE.UU., entre otros muchos datos, que el 88% de los estadounidenses ha visitado museos y el 37% yacimientos arqueológicos. En Francia, una encuesta nacional del INRAP (Institut National de Recherches Archéologiques Préventives) ha demostrado que el 20% se declara interesado por la arqueología con un gran interés por las excavaciones y los hallazgos de sus regiones, y que el 15% ha visitado, al menos, un yacimiento arqueológico en el último año (De Sars y Cambe, 2011). La encuesta europea NEARCH con una apreciable muestra y diseño (Kajda *et al.*, 2018) abunda en esa percepción positiva de los ciudadanos europeos: para el 90% la arqueología tiene gran valor y un 85% declara que la mejor forma de acercarse a la arqueología es visitando sitios arqueológicos.

Pero la presentación interpretativa que arqueólogos y expertos hacemos en los yacimien-

tos suele tener un «discurso» único, denominado a veces «discurso patrimonial autorizado» (Smith, 2011). Ese discurso, la comunicación de contenidos creada para el sitio, se hace fundamentalmente a través de tres medios: la información interpretativa, el acceso físico y la infraestructura interpretativa, los recursos y soportes comunicativos *«in situ»* (Grima, 2017).

No resulta fácil establecer de manera detallada cuáles son los puntos fuertes o valores de cualquier presentación de yacimientos arqueológicos. Uno de nosotros (Ruiz Zapatero, 2013) propuso resumirlos en los siguientes, sin que el orden signifique ninguna prioridad o grado de importancia: 1) la autenticidad, que reside en las relaciones inalienables entre los objetos, los sitios y la gente del pasado que forman la base de lo que la gente del presente siente difusamente como «auténticamente del pasado» (Jones, 2009); 2) la emotividad, que puede transmitir el propio sitio por rasgos especiales o que transmite el mensaje de los guías o la cartelería, las audioguías y otros soportes que muestran los yacimientos arqueológicos y que tiene mucho que ver con la experimentación individualizada de la autenticidad (Smith *et al.*, 2018); cada vez más los componentes afectivos y emotivos, unas «prácticas patrimoniales afectivas», parecen muy importantes (Wetherell *et al.*, 2018) para la satisfacción de muchos públicos; 3) la forma de visita, bien sea mediante «visita guiada total» con buenos guías —fórmula muy apreciada por un segmento de visitantes— (*A Guide to Best Practices for Archaeological Tourism*, n.d.; Cross, 2012), la «participación personalizada con autonomía», es decir con audioguías que permiten libertad de movimientos y selección de lo que se quiere ver, una especie de «mónteselo-usted-mismo» (Giasante, n.d.; Rodrigues *et al.*, 2018, Vlahakis *et al.*, 2002), o incluso con fórmulas de historias «afectivas» (Roussou *et al.*, 2017), resulta fundamental para una buena satisfacción; 4) la percepción multisensorial de los sitios, ver, oír, oler e incluso tocar, con una adecuada contextualización, ofrece una mayor capacidad de «inmersión» en el pasado, como se propone también para las experiencias virtuales (Chalmers, 2017); 5) la comprensión de los procesos formativos de los sitios arqueológicos, que resulta de gran ayuda para entender la realidad de los restos visibles («ruinas») e imaginar apropiadamente la transformación del sitio vivo del pasado a la ruina inerte del presente (fig. 1). El

entendimiento del registro arqueológico visible es de dificultad variable pero casi siempre grande para los no expertos, por eso todo lo que ayude al reconocimiento del proceso de formación del registro arqueológico del sitio resulta de capital importancia (Ruiz Zapatero, 2013: 22).

Por último, es bueno recordar que las presentaciones de yacimientos arqueológicos nunca son inocentes, están ancladas en las ideas de los expertos, el contexto social, ideológico y político, las directrices de las administraciones y los medios disponibles y, en consecuencia, no resultan inofensivas: transmiten un pasado del sitio filtrado por todos los factores señalados. Y con todo, merece la pena el empeño.

### LOS TIPOS DE YACIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS DE LA EDAD DEL HIERRO

La Edad del Hierro de España ofrece una gran variabilidad de yacimientos, agrupados en tres grandes apartados: 1) los asentamientos, que varían desde pequeñas explotaciones rurales, sencillas granjas, a grandes *oppida*—con decenas y aún centenares de hectáreas— pasando por poblados de pequeño y mediano tamaño; 2) los cementerios, con una marcada variabilidad, pues si en muchos casos solo contamos con estructuras de incineración *invisibles* en hoyos, en otros se registran estructuras tumulares de cierta entidad y otros sistemas de cubrición de tumbas en el área ibérica, con esculturas, pilares-estela y aún monumentos turriformes, sin que falten las cámaras funerarias; y 3) los santuarios, urbanos y rurales, en unos casos con edificación relevante, mientras que en otros son rupestres y en cueva.

Los asentamientos de la Edad del Hierro que cuentan con una presentación pública tienen un sesgo claro hacia los de mayor tamaño y/o más ampliamente excavados y que en bastantes ocasiones coinciden con sitios que ofrecen un valor añadido como su trascendencia o valor en hechos históricos como sucede con Numancia (Garray, Soria), su accesibilidad o las mejores posibilidades de reconstrucción. Tanto en el ámbito céltico como en el ibérico ha habido una predilección por los *oppida* y poblados grandes, consecuencia lógica de haber acaparado en muchos casos mayor actividad investiga-

dora, de su propia extensión y de la monumentalidad de los restos que albergan, si se comparan con otros tipos de asentamiento (Vizcaino, 2016: 207; 2018: 232).

En general, un elemento esencial y a menudo privilegiado en este tipo de yacimiento son los sistemas defensivos artificiales, con una relativa variedad de elementos, pues incluyen murallas, torres, antemurales, fosos o incluso campos de piedras hincadas en algunas zonas del territorio peninsular. Es habitual igualmente la presentación de la trama urbana de los asentamientos, aunque a veces se reduce a algunos conjuntos de viviendas, sin que falten los espacios de culto, a menudo integrados en estos conjuntos.

Los ejemplos son muchos, y a veces cuentan con amplios espacios *musealizados*. Sin pretender ser exhaustivos cabe citar, por lo que ámbito ibérico se refiere, los ejemplos de las rutas ibéricas de Cataluña, el Bajo Aragón, Valencia o Jaén o los incluidos en los itinerarios arqueológicos o en las propuestas de *musealización* de las Diputaciones de Castellón o Alicante (*vid. infra*), que superan con creces el medio centenar de yacimientos visitables, con ejemplos tan señeros como los de Els Villars (Arbeca, Lleida), Puig de Sant Andreu (Ullastret, Girona), la Ciudadela de Calafell (Tarragona), o La Moleta del Remei (Alcanar, Tarragona), en Cataluña; el Cabezo de Alcalá (Azaila, Teruel) o San Antonio (Calaceite, Teruel), en Aragón; el Puig de la Nau (Benicarló, Castellón), El Tossal de Sant Miquel (Liria, Valencia), el Castellet de Bernabe (Liria, Valencia), el Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia) o la Illeta dels Banyets (Campello, Alicante), en la Comunidad Valenciana; o el de Puente Tablas (Jaén), en Andalucía. A ellos se añaden otros ejemplos, como el Cerro de las Cabezas (Valdepeñas, Ciudad Real) o *Libisosa* (Lezuza, Albacete), en Castilla-La Mancha. En muchos casos se trata de auténticos *oppida*, mientras que hay otros de menores dimensiones, algunos de los cuales ofrecen una excavación prácticamente completa.

#### La ciudadela ibérica de Calafell (Tarragona)

En el poblado ibérico de Calafell, dentro del casco urbano de la ciudad (fig. 2,a), y enfrenta-

do a serias dificultades en un área turística y con fuerte presión especulativa sobre el suelo, el equipo investigador —que empezó el proyecto de excavación en 1983— hizo una apuesta arriesgada: reconstruir todo el conjunto arqueológico, conjugar arqueología experimental, visitas públicas y una fórmula de automantenimiento del sitio (Pou *et al.*, 1995; Asensio y Morer, 2003). El yacimiento fue excavado, de forma sistemática, entre 1983 y 1992 bajo la dirección de J. Sanmartí y J. Santacana. En estas campañas se exhumó casi el setenta por ciento de los recintos situados dentro de las murallas. Campañas posteriores han completado la excavación de casi la totalidad del recinto (Masriera, 2009: 46). En 1992 se inició la reconstrucción de buena parte del yacimiento (fig. 2,b), después de un cuidadoso estudio arqueológico y técnico, y siguiendo los procedimientos de la arqueología experimental.

En los años 1990 la propuesta se juzgó muy críticamente, pero algunos defendimos su valor en ese caso concreto (Ruiz Zapatero, 1997), con la idea clara de que el «modelo Calafell» no era para copiar y exportar sin más. Se trata del primer yacimiento arqueológico en nuestro país que fue reconstruido con técnicas de arqueología experimental, sobre los mismos restos. Es un buen ejemplo de reconstrucción arquitectónica y museografía didáctica (Masriera, 2009: 44 ss.). Las reconstrucciones permiten ver y entrar en las casas, subir a las murallas, torres, así como examinar reproducciones de los equipos domésticos, copias de los originales hallados en la excavación. Los interiores domésticos abren una ventana a la Edad del Hierro y comunican mucho apenas sin necesidad de textos y palabras (fig. 2,c). Es el poder de la imagen, recreada, ciertamente, pero al fin y al cabo una visión muy cercana al pasado desaparecido. En definitiva, una *inmersión total* para los visitantes en la vida cotidiana de un poblado ibérico, que además de ofrecer la información histórica imprescindible, permite el disfrute libre de trasladarse al pasado según las preferencias de cada cual. La Ciudadela Ibérica ha sido, desde su apertura, un referente en los campos de la comunicación, divulgación, comprensión, interpretación y presentación de un yacimiento arqueológico al público general. La gestión privada por una empresa tuvo que cerrar en 2007, lo que no deja

de ser un aviso para comprender que al tratar de patrimonio, arqueología e historia debe haber algo más que la búsqueda de un retorno económico. En la actualidad se ofrecen talleres didácticos, visitas guiadas y en verano un festival, *Terra Ibérica*, de varios días de duración.

Para el ámbito celtibérico el panorama no es muy diferente, siendo los asentamientos más grandes y de mayor rango los principales protagonistas, teniendo buenos ejemplos en las ciudades Numancia (Garray, Soria) (fig. 2,d-e), *Tiermes* (Montejo de Tiermes, Soria) o *Contrebia Leukade* (Inestrillas, La Rioja), ciudades donde muchas de las estructuras corresponden ya a época romana, lo que ocurre igualmente en casos como los de *Segobriga* (Saelices, Cuenca), o ya en el ámbito ibérico en El Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete), el ya citado de *Libisosa* (Lezuza, Albacete) o La Alcudia (Elche, Alicante). No faltan algunos ejemplos de asentamientos menores, que tienen el interés además de ilustrar las etapas más antiguas de la cultura celtibérica, como El Ceremeño (Herrería, Guadalajara). Por lo que respecta al resto del área céltica contamos con ejemplos como el poblado de La Hoya y el estanque monumental de la Barbacana (Laguardia, Álava) (fig. 2,f), o ya en la Meseta Occidental los castros de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila), La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra, Ávila), El Raso (Candeleda, Ávila) o Yelcla de Yeltes (Salamanca), entre otros, todos ellos incluidos en la Ruta de castros y verracos (Fabián, 2006; del Ser, 2006) (*vid. infra*), mientras que en Extremadura tenemos asentamientos como el del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz).

### La ciudad celtibérica de Numancia (Garray, Soria)

La resistencia y caída de Numancia en el 133 a. C. fue un hecho histórico que marcó la historia de Roma y el devenir de los pueblos prerromanos del interior de la Península Ibérica. Los relatos de los escritores grecorromanos narrando las guerras celtibéricas y el trágico final de la ciudad celtibérica, magnificando la resistencia al asedio romano y la heroicidad de los numantinos, marcaron su historia para siempre. La ta-

rea de ofrecer una visión moderna del yacimiento no era fácil, porque información y restos se fueron acumulando desde los trabajos pioneros de E. Saavedra y las continuas —aunque intermitentes— campañas de excavación desde fines del s. XIX. Pero en las dos últimas décadas los trabajos del Plan Arqueológico de Numancia, financiados por la Junta de Castilla y León y dirigidos por el Prof. Alfredo Jimeno, han aportado una información arqueológica muy rica y amplia de muchos aspectos del yacimiento. Los trabajos del equipo de A. Jimeno han arrancado al solar numantino la realidad de las vidas de sus habitantes. Detrás de una investigación de calidad —y en paralelo con ella— el equipo se convenció de que era necesario un programa de visita y presentación del sitio que estuviera acorde con los modernos planteamientos arqueológicos (Jimeno, 2000). La filosofía fue investigar y excavar para conservar y conservar para investigar y generar nuevo conocimiento, y todo ello trasladarlo al yacimiento mediante: 1) un itinerario de visita, 2) el acondicionamiento, limpieza y estabilización de buena parte de las calles, aljibes y estructuras domésticas excavadas, acompañadas de paneles informativos, 3) una serie de reconstrucciones que incluyen, una casa celtibérica y otra romana equipadas con el ajuar y enseres domésticos reproducidos según los hallazgos originales y dos tramos de muralla completamente recreados, 4) visitas guiadas al yacimiento, 5) un pequeño centro de recepción con un atractivo y didáctico video que prepara la visita, y 6) una tienda con libros, reproducciones y otros elementos de divulgación.

Las reconstrucciones de viviendas y murallas (fig. 2,d-e) constituyen uno de los puntos fuertes de la actual presentación del sitio (Jimeno *et al.*, 2001), realizadas con rigor, recreando atmósferas domésticas plausibles y ofreciendo la posibilidad de acercarse a una visión del pasado celtibérico, con la idea central de *reconstruir para entender* (Jimeno *et al.*, 2000), de vivir el pasado para sentirlo (Jimeno, 2000). Magnífica la idea de ver la ciudad y el paisaje circundante desde lo alto de las murallas.

El yacimiento arqueológico presentado y acondicionado, como pasado *exhibido* no deja de ser un pasado *desplazado* porque el mero hecho de exhibir, como el de proteger, separan el

pasado *superviviente* de su contextualización actual. Numancia ofrece una articulación de tres elementos cruciales: una narrativa *desmitificadora* de un pasado en gran medida manipulado, los resultados de una moderna investigación arqueológica y un mensaje renovado que es útil a la gente del presente. La Numancia del s. XXI es una representación más del pasado, que sin duda alguna seguirá siendo remodelada por las generaciones futuras de arqueólogos.

El yacimiento se complementa con un aula sobre el cerco romano de Numancia en el pueblo de Garray, representaciones que se celebran todos los veranos desde hace muchos años —ahora en un graderío próximo al yacimiento— sobre episodios de las guerras celtibéricas que ofrece de manera convincente el grupo de recreación histórica Tierraquemada (<https://numantinos.com/>) bajo la dirección del Prof. A. Jimeno. Otra manera de *revivir* los sitios arqueológicos (Daugbjerg *et al.*, 2014).

En el Norte y Noroeste los castros de la cultura castreña cuentan con buenos ejemplos, como Santa Trega (A Guarda, Pontevedra),<sup>1</sup> Baroña (La Coruña), Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias), Coaña (Asturias), la Campa Torres (Gijón) o San Chuis (San Martín de Beduledo, Asturias), a los que debe añadirse los de San Cibrao de Las (Pungín-Sam Amaro) o Viladonga (Castro de Reis, Lugo), ejemplo de la transformación de la cultura castreña ya en época romana, como ocurre igualmente con las citánias de Britteiros (Guimarães) o Sanfins (Paços de Ferreira), ya en el Norte de Portugal. Muchos de estos yacimientos tienen la ventaja de contar con museos de sitio o centros de interpretación, que como el de Coaña está junto al yacimiento y bien integrado en el paisaje. Bastantes de estos sitios presentan, además de estructuras de casas redondas bien conservadas, en ocasiones también la posibilidad de mostrar sistemas defensivos con cierta espectacularidad y atracción visual, o espacios singulares, como las características saunas castreñas.

El panorama se completa con el mundo orientalizante —y postorientalizante—, con notables

1 Una selección de un buen número de yacimientos visitables de la cultura castreña de la provincia de Pontevedra puede verse en el catálogo de la exposición *Galaicos. Un pueblo entre dos mundos* (Rodríguez *et al.*, 2018: 65 ss.)